



Me gustas cuando callas

Jesús Vicente García

Alegróles el ruido en gran manera; y parándose a escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron a deshora otro estruendo que les aguló el contento del agua, especialmente a Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo.

DON QUIJOTE, I, XX

CUANDO LOS VENDEDORES AMBULANTES UNEN SUS VOCES para anunciar que debes comprarles algo, los oídos no alcanzan para ellos, son simples receptores que se cimbran ante la pasarela de compras (cual efecto apache, de multiplicidad); en el vagón del metro interrumpen todo el tiempo el viaje; no hay paz, no hay tranquilidad, es una maldición chilanga no poder leer o dormir y soñar a tus anchas y angostas, no se puede platicar (excepto a gritos); todo indica que es más fácil hacerlo en un antro que en este gusano, dan ganas de unir las voces para sacarlos del tren a patadas, porque nosotros no vendemos nada, ni siquiera el alma al diablo, seguro que ya se la han ofrecido otros y habrá mejores; además, no conozco el perfil que pide Mefistófeles para aquello de la venta de almas, lo que sí puedo asegurar es que si el alma es nuestra esencia, la mía ha de estar agujoneada, porque estos viajes de metro van deshaciendo nuestros sentidos, y el del oído no es la excepción.

Voces y onomatopeyas de quienes platican la película de moda, los ruidos de los animales del celuloide, la forma en que unos aviones atacan al enemigo, la metrallera al servicio de la justicia en un país extraño, los sonidos de un personaje mítico que usa un martillo y que anda en busca de su propia hermana para acabar con ella; cuatro jóvenes, dos masculinos, dos femeninos, que al concluir cada frase, que no idea, subrayan la palabra “güey”, cual anáfora del idioma del diario andar. Basilio escucha y recuerda que sus alumnos hablan igual, y piensa en los sonidos al cerrar los ojos (acaso los abre porque una adolescente se ríe de tal manera que su estruendo es capaz de taponear los oídos; cree que la preparatoriana es muy guapa como para tener un lenguaje tan desnitrado; para él, el uso de las palabras van de la mano con la estética de una dama).

Lo que uno quiera decir o haya dicho se eclipsa cuando un ambulante sube a vender música; una salsa de Eddie Santiago le pone ritmo al vagón y a Basilio le gusta aunque no baile ni los ojos; sin embargo, piensa que uno no sube al metro para que nos pongan una salsa a todo volumen en los oídos, con una bocina negra como, otra vez, el alma de quienes lo venden, pues quien eleva esos decibeles no puede ser una persona honrada ni que respete al otro; y precisamente el de dicha bocina oscura habla con otro ambulante y le espeta al oído que la semana pasada los atrapó un operativo, pero no hay flatulencia, salieron en fa, se la pellizcaron los



azules, ahora resulta que nos apañan porque estamos trabajando, chambear es malo.

En una estación con logotipo de chabacano se ha citado con Pameló; y casi llega si no fuese porque el tren se detiene muchos minutos, y esos minutos-metro generan retraso excesivo. Los ambulantes se hacen las víctimas y Basilio frunce la frente, gira en su propio eje, mira hacia el túnel, hacia unas luces que destellan cual árbol de navidad subterráneo. Vuelve a cerrar los ojos. Los murmullos son verdaderos relámpagos, la gente habla a gritos, ríe a gritos, mira a gritos, abre sus fauces para comerse la tranquilidad, sus dientes demuelan la vista, no quiere verlos, le recuerda a los personajes de *Viridiana*, esa película rara de Buñel, cuando los patrones se van y los indigentes que reciben su ayuda hacen de las suyas, y uno ve los acercamientos cuando comen y mastican, ríen y se excitan, beben y desean, son imágenes grotescas sólo semejantes a los seres que se aparecen en este mar de ruido, en esta posmodernidad que todo lo unifica; la música continúa con los covers y se venden como pan caliente; el mundo recurre a lo ya hecho, ahora con una intención más violenta, sólo se revuelve con algo grupero y ya está una canción que moverá a las masas y las masas la feisbuquearán y se compartirá en los mil y un muros, para darle la razón a Joseph Goebbels (en caso que él lo haya dicho en algún lugar de los 32 tomos que dejó de su diario, o en

otro lugar), quien decía que una mentira repetida mil veces se convertirá en verdad; por eso, se retuiteará y se difundirá y habrá una página de féis para ese grupo de mala calidad, cuya música se vende en el metro, como si la mala calidad no existiera en estos vagones de Dios, donde viaja el pueblo elegido de oídos hechos a imagen y semejanza de estos ambulantes demoniacos.

“Y que me apañan y que me preguntan dónde estaba mi parejita, el que vende unguento de marihuana; y yo nel, no sé, no he hecho nada, sólo ando trabajando y vendiendo sin molestar”. Y aún tiene su música puesta con unas canciones megagruperas que dejan el tímpano doliendo y el alma hecha pedazos. Una voz de mujer sale de la bocina y anuncia a los usuarios que pronto se reanudará la marcha de los trenes aunque será lenta. Y avanza con paso enfermo, y así parece que están los vagones, pero hay que seguir, no hay de otra, en este tren que se detiene, que enfría con su aire acondicionado en invierno; y ahí va el maestro Basilio cual poema de Pablo Neruda, que a veces se cansa de ser hombre.

Avanza que te avanza a paso de tortuga y frenándose cada dos metros. De algún lugar de las entrañas de la ciudad surge otro ambulante bocinero de música clásica, donde además de tener lo mejor del barroco, que de acuerdo a sus informes Beethoven es un máximo representante, además de que Vivaldi entra en lo

selecto de la música para “sus quince años, momentos románticos o simplemente para escuchar”, también Raúl Di Blasio y Richard Clayderman (¿aún vive? Este narrador se resiste a preguntarle al señor Google u homónimos suyos) son parte de la música clásica de todos los tiempos. Y sin ver, Basilio sabe que ese vendedor empuja a la gente para pasar.

Se pone los audífonos. Quiere escuchar noticias, música distinta a la que ofrecen aquí los comerciantes itinerantes. No hay momento en que se descansa de los oídos. Y ve los rostros de los usuarios como si no les incomodara el volumen tan elevado. “¿Yo soy el único que los escucha y no le gusta?”

Llega adonde está Pameló. Chabacano. La misma voz de mujer sale de la bocina y anuncia que los vagones marcharán lentamente y que pronto se reanudará con normalidad el servicio. En tanto, así, con el tren detenido, la vendimia no termina, se anuncian chocolates, usebés, cargadores de celular compatibles con todo, bolsas para el dinero, micas pa’ la credencial, libros de un tal Rius, hay quienes predicán la palabra de Jesucristo que nos ama a todos, se rapea, se canta, se llora, se pide para la operación del hijo inexistente al que han matado otras veces para que la gente se desprenda de una moneda, piden los inmigrantes y los que no quieren trabajar, otros simplemente gritan para que los ayuden porque se quedan a dormir en cualquier lado, cuyos músculos contrastan con su discurso; y de pronto alguien grita que aguado aguado, hay vienen los azules, operativo, operativo, se corre y se despótica, se empuja y se quiere fingir no ser ambulante, y se corre y corre, y Basilio mejor se sale del metro, jala a Pameló y ahí andan en las escaleras eléctricas cual tortillas recién hechas.

Hace cuánto tiempo que Basilio y Pameló no van a Xochimilco ni abordan ningún transporte de la ruta que anda sobre calzada de Tlalpan. Pasan camiones morados con blanco, donde, según leyó Pameló, caben 84 personas sentadas, qué tal, y si las puertas no están cerradas, la unidad no avanza. Es de monedas. No dan cambio.

Al final del año pasado dieron de baja a cientos de microbuses todos gachos. Basilio recuerda que los conductores eran unos mocosos reguetoñeros y gruperos y drogadictos que se iban metiendo hasta el dedo, echaban carreritas, tenían una música terrible a todo volumen, apagaban la luz en la noche, no se podía leer ni echarse una pestaña. Y así duraron treinta años de colectividad extenuante, como una dictadura.

Dentro del camión sólo se oye el ruido de los autos al pasar, que a través de las ventanas es como un murmullo de amor; todos callan y están presentes en este viaje que los llevará a uno de los pocos pulmones de la ciudad para festejar el día del amor y la amistad. “Me gustas cuando callas porque estás como ausente, / y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca”. Pameló lo escucha y agrega: “Déjame que te hable también con tu silencio/ claro como una lámpara, simple como un anillo”.

Basilio mira hacia la ventana, luego hacia Pameló, quien por fin se decide a hablar: “Déjame escuchar este silencio, mi estimado licenciado Valdés; espera, no me interrumpas, quiero ser breve y sustancioso, rápido y furioso: hoy tuve que abordar la línea rosa y salí casi corriendo, porque como tú, sé que la ciudad no nos deja estar en paz. Déjame escuchar lo que oímos cuando no hay ruido, cuando hemos pasado por los infiernos que ni Dante y Virgilio juntos lo hubiesen superado, y que seguramente Don Quijote habría arremetido contra los escandalosos y los hubiera obligado a decir que Dulcinea es la mujer más hermosa que jamás haya existido”. Silencio. Ve a Basilio. Le hace la señal en la oreja para escuchar. “Oye lo que no escuchamos cuando andamos en esos viajes de metro”. Basilio sonrío. Ambos cierran los ojos para sentir el placer del silencio colectivo, porque, como dice Neruda: “Tu silencio es de estrella, tan lejano y sencillo”. Pameló piensa que verá a la mujer alta que quiere que le firme un libro y platicar con él. Su rostro es sonrisa discreta y silenciosa, como calzada de Tlalpan, cuando alguien decide escuchar el silencio que prácticamente ha dejado de existir en esta ciudad. ▀